

fundan su orgullo en las riquezas que poseen.
¡Creencia errónea! No es tan humilde la mujer como todo eso.

No concede la mujer á los bienes de fortuna la honra que dispensa á su hermosura y á su discrecion.

Si se la concede en efecto, no se califique de orgullo lo que es solamente fatuidad.

Basta por ahora de orgullo: en el curso de los APUNTES, más de una ocasion se presentará propicia para dar amplitud á estas ideas.

Recapitulemos:
Las fuentes principales del orgullo son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

El orgullo exagerado que se funda en los timbres de la hermosura, aunque es más tolerable, no es ménos injusto que el que se funda exclusivamente en los timbres de la cuna.

Aquel tiene por base *lo que es*.

Este tiene por base *lo que ha sido*.

Por eso es el primero más tolerable.

Aquel alega títulos ajenos, aunque fuertes.

Este representa títulos propios, pero muy débiles.

Por eso decimos que ambos son injustos.

El orgullo que se funda en la riqueza, es sencillamente un orgullo que inspira lástima.

CAPITULO CUARTO.

LA VIRTUD Y EL MISTICISMO.

“La devocion es el último de los amores.”

Así lo ha consignado un escritor.

La devocion es el primero de los amores.

Así lo dicen la razon y el buen sentido.

Una mujer *despreocupada*, *esprit fort*, ó para hablar en castellano, *incrédula*, es el sér más inverosímil y hasta repugnante que puede existir sobre la tierra.

La mujer que no está organizada para amar no es mujer.

La devocion es el primero de los amores.

Y el amor es la vida de la mujer. La de-

Una mujer insigne ha escrito que la vanidad pierde más mujeres que el amor.

Y en esta materia el voto de una mujer vale por el de cien hombres.

II.

Si hemos de creer un proverbio vulgar, no hay mujer más virtuosa que aquella de quien menos se habla.

Si fuera cierto este proverbio, no podría darse mayor testimonio del espíritu de difamación y de calumnia que domina en la sociedad presente.

En el apreciar la virtud de las mujeres se patentiza y pone en relieve la justicia de los hombres.

Nosotros, que para nuestro sexo llevamos la longanimidad hasta un extremo apenas concebible, para el sexo *débil* llevamos nuestro rigorismo hasta una exageración casi ridícula.

Nosotros, en quienes muchas de las que fingimos virtudes no son sino vicios hábilmente disfrazados, falsificaciones de las virtudes, no podemos ni tolerar en la mujer lo que llegamos hasta á aplaudir en el hombre.

Parece como que tenemos derecho indisputable para exigir virtudes en las mujeres, y facultad para dispensarlas en los hombres.

Ignoramos ó afectamos ignorar que según la gran máxima de los orientales, para que nazcan virtudes hay que sembrar recompensas.

La virtud es una: una debe ser en ambos sexos.

Y, sin embargo, mientras las mil trompetas de la fama publican las de los hombres, apenas hay una palabra de estímulo y de elogio para la virtud modesta y oscura del hogar; para la virtud de la esposa leal y caritativa, de la madre de familias próspera y ejemplar.

Si la virtud es, como dice Rousseau, un estado de guerra constante, mayor mérito tendrá el débil que lo sustenta que el fuerte que vacila y que sucumbe.

Esta es una verdad de sentido común. Solamente el espíritu de zozobra y de pesquisa que nos anima respecto á la virtud de las mujeres pudo mover á Goldsmith á decir que "virtud que es preciso vigilar tanto, no vale la pena que da."

"La pena que oficiosamente nos tomamos," debería haber dicho el buen inglés.

III.

Mujer virtuosa y mujer mística no son palabras sinónimas.

Aceptamos la palabra *mística*, no en el profundo y espiritual sentido que tiene, según la sagrada ciencia teológica, sino en el sentido familiar, y un tanto malicioso, de afectación en ciertos actos exteriores, y tendencia á escandalizarse por cualquier leve motivo. A su vez *el misticismo* (perdónese la novedad del vocablo) es para nosotros aquella afectación y esta tendencia elevadas á sistema práctico en las relaciones sociales.

La virtud es virtud: el misticismo es lo que más se parece á la virtud.

Sin embargo, entre el misticismo de los hombres y el misticismo de las mujeres, optamos sin vacilar por el segundo; porque es más inofensivo y más agradable y está mejor sostenido.

La mayor parte de las mujeres místicas lo son de buena fé.

Confunden la cuestión de formas con la cuestión de principios, y dan á las primeras lo que suelen cercenar á los segundos.

De este riesgo no son responsables las mujeres; lo es exclusivamente el sistema de educación á que en la niñez se las sujeta.

Si á veces suelen hallar motivos de vanidad hasta en las mismas prácticas religiosas; si hasta en ellas viene á ejercer la moda su tiránica influencia, culpemos ántes que todo á los vicios de la educación.

Empecemos por rechazar máximas absur-

das que en este punto pasan como axiomas.

Balzac ha dicho que la mujer virtuosa tiene una fibra más, ó una fibra ménos que las demás mujeres; es estúpida ó sublime.

El deseo de dar con un chiste, de formar un retruécano ingenioso, conduce con frecuencia á muy lamentables exageraciones; y la exageración arrastra inevitablemente al término de la injusticia.

Con permiso del gran novelista, la estupidez no puede ser nunca ocasión de la virtud.

La virtud es el amor, es la esperanza; y el amor y la esperanza no pueden ser nunca estúpidos.

La virtud es un gran libro donde se nutren talentos como el de Santa Teresa, y de donde brotan poemas como la *Imitación de Cristo*.

La mujer virtuosa tiene en su organización las mismas fibras que la que no lo es.

La diferencia está en que aquellas vibran y éstas yacen sin vida.

Porque la virtud, que es el amor y la esperanza, constituye la vida del corazón.

La rigidez con que fallamos las causas de honor de las mujeres, ocasiona hasta cierto punto la necesidad de las apariencias.

Es decir, que nuestro rigorismo, que es incapaz de excitar á la verdadera virtud, tiene el pobre mérito de excitar á la hipocresía.

Y la hipocresía, se ha dicho con justicia,

no es una pasión, sino la máscara de todas las pasiones.

Resulta, pues, que nuestros propios desaciertos, la misma imperfección de nuestros juicios, sostienen el mal que nos proponemos destruir.

Si finge la mujer, nosotros la obligamos.

Parece que nos hemos propuesto cooperar á la comprobación y realización del siguiente dicho, atribuido á Clemente XIV:

“La mayor parte de las mujeres pasan su vida ofendiendo á Dios y confesándose de haberle ofendido.”

CAPITULO QUINTO.

EL AMOR.

I.

El amor se siente y no se define. Es poca cosa el hombre para penetrar el gran secreto de la naturaleza.

La luna que boga magestuosamente en un mar inmenso de azul; la blanca nubecilla que flota en la región de las estrellas; el aroma de dos violetas confundido por el céfiro; el murmullo de la fuente interrumpiendo el melancólico silencio de la noche; el dulce trino de los ruiseñores; el tierno arrullo de las tórtolas; la gota de rocío desprendida desde el cielo sobre el cáliz de la vida: hé ahí el amor.

Los poetas lo definen así.

Ciertos filósofos, que muchas veces hablan

vocion discreta es prenda que acrecienta la belleza del sexo á quien la Iglesia llama *devoto*.

Manda Dios en la ley mosáica, que tres veces al año asistan á orar en su presencia todos los varones de la Casa de Israel.

Y pregunta un expositor: ¿por qué no comprende el divino precepto á las mujeres?

Y el mismo expositor responde: porque no ignoraba el Legislador Supremo que el sexo devoto habia de cumplir el precepto sin necesidad de que se le impusiera.

La historia está llena de rasgos brillantes y de admirables conversiones debidas á la influencia de una mujer: los nombres de Cecilia, de Clotilde, de Mónica y otros mil de todas las naciones y de todos los siglos, serán siempre monumentos de gloria para el sexo á que pertenecieron y que honraron con sus esclarecidas virtudes.

Se ha dicho con más gracia que verdad que las mujeres aman siempre, y al faltarles la tierra se refugian en el cielo.

¡Absurdo!

En primer lugar, á las mujeres no les falta nunca la tierra, á lo ménos en su entender.

En segundo lugar, la devocion por despecho, más bien que refugio en el cielo, sería profanacion.

Es indudable que la mujer que se hace devota tiene el alma verdaderamente tierna.

Y las almas verdaderamente tiernas se refugian en el cielo mucho ántes de que la tierra las abandone.

Son ellas las que abandonan á la tierra.

Las virtudes teologales están enlazadas de una manera tan sobrenaturalmente sábia, que el mucho creer conduce al mucho esperar, y el mucho esperar guia por precision al mucho amar.

Enjuiciando á la inversa, quien ama santamente, espera, y quien espera, cree.

Por eso las mujeres incrédulas aparecen como unos séres casi inverosímiles, y repugnantes sin casi.

El amor de Dios y de su gloria ocupa el corazon aún más que los sentidos; la mujer que no lo experimente ama con los sentidos y no con el corazon.

En ella no obra para el amor sino la mitad de su naturaleza; la tierra: por eso están sus afectos unidos á la tierra.

Es muy difícil que sea esposa fiel y madre cariñosa la que no ha gustado otras delicias de amor que las del amor del mundo.

Si conserva pura su honra, prodigio será tal vez debido á la vanidad; y una virtud que para conservarse há menester de un vicio, ya en otra ocasion lo hemos dicho, no es virtud que merezca grande encomio.